

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

MALVERSACION **Cómo se siente un cristiano en 1972 (II)**

Si nos preguntamos por la última raíz de muchas desviaciones, antiguas y recientes, de la vida del cristianismo, especialmente de las que se derivan de la actitud de los sacerdotes, encontraremos que responden a una deficiente vocación. No quiero decir con esto que les haya faltado al abrazar el estado sacerdotal; en muchos casos han ido a él por motivos secundarios y extrínsecos, pero en otros muchos han partido de una auténtica vocación. Sin embargo, por rutina, por presiones ambientales, por insuficiente preparación, por tentaciones hacia diversas formas de temporalidad, la vocación puede atenuarse o desvanecerse. No se repara lo bastante en el hecho de que las vocaciones pueden ser transitorias: es frecuente el hombre de viva vocación intelectual en su primera juventud, al cual, entrado en la madurez, «se le pasa», y es sustituida por la vocación política, o la de ganar dinero, o la de figurar en sociedad. El lado humano de la vocación religiosa no está libre de estos desaljecimientos.

Esto explica la predilección que muestran algunos sacerdotes y religiosos por temas ajenos a su ministerio, sobre los cuales acaso tienen escasa competencia y ninguna autoridad: sociología, economía, por ejemplo. Antes se orientaban más bien a la política o la filosofía, pretendiendo una autoridad que no pueden conferir unos cursos de Seminario. Produce malestar el espectáculo del sacerdote a quien parece «aburrir» la religión, que está ávido de desentenderse de ella para deslizarse a las ideologías, la reforma de las «estructuras», los sistemas económicos, las unidades sociales o diversos métodos para hacer felices a los hombres —en este mundo y aunque sea a la fuerza.

En España, donde persiste, y bien visiblemente, la antigua actitud, donde todavía tienen demasiada actualidad posiciones que nunca debieron tomarse, se está dando la tendencia a una polémica «extrarreligiosa» —esto es lo grave— entre dos fracciones de la Iglesia, quedando la religión, desamparada y desatendida, en medio.

Hace cerca de veinte años, en 1953, en un artículo que fue prohibido en España y tuvo que publicarse en «La Nación», de Buenos Aires («Dios y el César», en «Ensayos de convivencia», «Obras», III), escribí unas líneas que es oportuno recordar:

«Todo esto procede de un espíritu, frecuente en nuestro catolicismo español, bien ajeno al catolicismo como tal, y que se podría llamar «insaciabilidad». Hay demasiadas gentes en España que no se contentan con que alguien sea católico; no basta con que se crea en los artículos de la fe, se reciban los sacramentos y se cumpla en lo posible el decálogo; hace falta además opinar que el único catolicismo auténtico es el español; hay que adoptar determinadas posiciones políticas, de las que no se sienten solidarios los católicos del resto del mundo; hay que ser tomista en filosofía; hay que creer que Balme es un gran filósofo, que la solución de los problemas españoles está ya en los libros de Menéndez Pelayo; tiene que preferirse la poesía de Gabriel y Galán a la de Jorge Guillén; hay que pensar que el arte español es necesariamente realista, que Amor Ruibal es más importante que Unamuno, que es mejor pintor

Gonzalo Bilbao que Picasso, mejor novelista Navarro Villoslada que Baroja, que el filósofo Rancio era mejor católico que Jovellanos, que un periódico debe parecerse más a «El Siglo Futuro» que a «El Sol»; hay que opinar que el cine español está lleno de «espiritualidad», que si interesa Donoso Cortés no puede interesar Valera, que la única lógica posible es la aristotélica, que hay planes de bachillerato intangibles, que la moral cristiana es idéntica con los usos de la pequeña burguesía de las provincias españolas. Probad a discrepar en un punto, el más minúsculo, y veréis cómo esas gentes cierran contra vosotros. Decid simplemente que es lícito elegir entre el teatro de Pemán y el de Lorca, entre la prosa de Ricardo León y la de Azorín, entre «La Vie intellectuelle» y «Razón y fe», y experimentaréis inmediatas consecuencias. Intentad decir, sobre todo, que no siempre es forzoso elegir, que en España caben muchas cosas, que han sido españoles egregios Cervantes y Quevedo, Zurbarán y Murillo, Luis Vives y Pizarro, Menéndez Pelayo y Giner de los Ríos, Galdós y Zorrilla, Castelar y Asín Palacios; que para entender a España tenemos que leer a Larra y a Cadalso, a Forner y a Moratín, «España invertebrada» y «En torno al casticismo», «Defensa de la hispanidad» y «España en su historia», «En Flandes se ha puesto el sol» y «Campos de Castilla»; decid que España no tiene por qué ser un sistema de exclusiones, y veréis cómo se os excluye, cómo se os amenaza —sin omitir alusiones a las armas de fuego, sin dejar de recordar que las doctrinas son sustentadas por personas— desde una revista escrita por religiosos.

«Desde el punto de vista español, todo esto es muy grave. En lo religioso, cuando se tiene fe viva y cabeza un poco clara, el riesgo no es grande. Pero, ¿y esas personas de fe vacilante? ¿Y esas otras que, fuera de la fe, sienten su llamada? Tanta confusión, ¿no podrá ahuyenarlas? ¿no ocurrirá que muchos hombres no lleguen a ser católicos o dejen de serlo por la soberbia de unos cuantos que se creen dueños de todas las verdades? Por ejemplo, para que algunos señores se den el gusto de suponer que saben filosofía.»

Estos peligros, que yo señalaba hace un par de decenios, ¿se dan hoy? Temo que sí, aunque con otros contenidos, en diferentes direcciones, en nombre de principios distintos y aun opuestos, pero que tienen de común con aquellos el «no ser religiosos». Cuando se plantea la cuestión de si la Iglesia debe ocuparse de los problemas del mundo —desde la economía hasta el pensamiento filosófico, pasando por la política, la estética o las relaciones personales—, suele deslizarse un insidioso error: olvidar que tiene que ocuparse de todo eso, porque la religión afecta al hombre entero, pero «religiosamente». La religión no es para la otra vida solamente, sino por lo pronto para ésta; no está referida exclusivamente al Paraíso, sino desde luego a este mundo en que vivimos y nos afanamos; pero claro que una consideración que atienda sólo a esta vida y este mundo «no es religiosa»; toda referencia a los problemas temporales que los aisle de los espirituales, que hable del hombre eliminando a Dios, pierde todo derecho a invocar la religión, y en modo alguno puede cubrirse con la apelación al cristianismo.

Si se quisiera nombrar con una sola palabra el conjunto de desviaciones y riesgos que perturban hoy la vida cristiana, que hacen sentir disminuidas las esperanzas nacidas del último Concilio, yo elegiría ésta: «malversación». El Diccionario de la Lengua Española define así el verbo «malversar»: «Invertir ilícitamente los caudales públicos, o equiparados a ellos, en usos distintos de aquellos para que están destinados». Esta podría ser una buena definición de los males presentes de la Iglesia: se están invirtiendo las enormes riquezas religiosas ganadas en los últimos años, la fabulosa ampliación de posibilidades religiosas iniciada con Juan XXIII y consumada a lo largo del Concilio, y ante todo la libertad recobrada, en «usos distintos», con otros fines.

Al decir que esos usos son distintos, no quiere decirse que sean malos; a veces son excelentes, otras no tanto. Pero, desde el punto de vista cristiano, son en todo caso «inferiores». Se está subordinando lo que más importa a lo que, aun importando, importa menos; se están proyectando sobre la religión preocupaciones e intereses legítimos que, tratados independientemente, son inobjectables. Se está tratando de pasar bajo el pabellón cristiano un amplio surtido de mercancías que necesitarían un atento examen.

Esto no es nuevo; al contrario, es viejísimo; es una antiquísima corruptela de la fe; por eso he querido recordar mis palabras de 1953. Todas las preferencias que yo enumeraba eran, por supuesto, lícitas; cuando yo hablaba de que se pueden preferir unas cosas u otras, unos nombres u otros, estas obras o aquéllas, no hacía una concesión retórica; pensaba que, en efecto, se puede optar, se puede elegir. Lo que rechazaba con imprudente energía en aquella fecha es que la elección viniese «dada» con la religión; que fuese consecuencia de la condición católica. Las preferencias políticas han de justificarse políticamente; las filosóficas, filosóficamente, las estéticas, por motivos estéticos. Si la religión cristiana tiene que decir algo será sólo algo religioso: de la actitud cristiana se derivan consecuencias que son inconciliables con aquello que destruye el núcleo del cristianismo: la libertad y personalidad del hombre, su derecho a ser tratado como persona y no como cosa, su capacidad de pecado y arrepentimiento, su fraternidad, fundada en la paternidad divina, su proyección esperanzada hacia otra vida perdurable, apoyada en la resurrección de Cristo.

Cuando el cristiano afirma esta interpretación de lo real, pese a quien pese, se está ocupando del mundo, y las consecuencias pueden ser muy largas; pero cuando se desentiende de este contenido y ataca o apoya posturas temporales por otros motivos pero en nombre del cristianismo, está cometiendo la malversación tantas veces realizada a lo largo de dos milenios.

Habría que preguntarse todavía una cuestión más concreta: ¿Cuáles son las consecuencias de la particular malversación de nuestro tiempo, de aquella a la que asistimos desde hace cuatro o seis años?

Julán MARIAS

(El anterior artículo de esta serie, se publicó el día 3 de junio.)

A PROPOSITO DE UNA FOTO

HACE unos días, «La Vanguardia» publicaba en su primera página una foto realmente sobrecogedora. No se trataba, esta vez, de la consabida, áspera, cotidiana escena de muerte física: guerra o tráfico. Era otro su tema. Un grupo de judíos ortodoxos, de barbas jermiáticas y ceño hosco, tocados con el sombrero ritual, y, para añadir tinieblas a la imagen, vistiendo sacos sobre sus chupas casi talares, circulaban por las calles de Jerusalén en manifestación de protesta. La estampa tenía un aire siniestro, fascinante. Resultaba difícil mirarla sin sentirse alarmado. Quizás una manifestación de jóvenes más o menos «hippies», incluso con mayor exuberancia capilar que los rabinos, pudiera producir el mismo efecto amenazador: no lo dudo. Pero las camisolas floreadas, la jovialidad de los pocos años, la ira abigarrada, le quitarían negrura al espectáculo. La comitiva bíblica daba miedo: un miedo especial. Sin saber siquiera de qué iba la cosa, el lector ya identificaba en ella el tufo de la intransigencia... La pequeña multitud levítica intentaba dar trascendencia pública, digamos clamorosa, a su repulsa frente a un episodio local bastante significativo. Al parecer, un «sex-shop» ha abierto o abrirá sus puertas en el centro de la Ciudad Santa. El sector ultra de la Sinagoga ve con malos ojos la novedad. Y lo demuestra así.

En lugar del temido «sex-shop», por ejemplo, pudo ser una simple tocinería. Sospecho que, en el fondo, la Ley mosaica es más explícita respecto al consumo de carne de cerdo que respecto a las ingenuas veleidades del erotismo. Pero la motivación última, doctrinal, es lo que menos importa, ahora. Cada cual es muy dueño de asignarse los principios y los fines que crea

convenientemente, y hará santamente en ajustar a ellos su conducta. Es lo que, en definitiva, intenta cualquier hijo de vecino, en un grado mayor o menor de seriedad. El problema empieza cuando los principios y los fines de «unos» pretenden ser obligatorios para «los demás». Un problema gordo, desde luego. La inmensa mayoría de los papeles y los discursos que se han proferido desde que el mundo es mundo, así en materias de política como de moral, giran sobre este asunto. Directa o indirectamente, procuran justificar la imposición de un «criterio», o la discuten. En la práctica, ha habido y hay situaciones de vertiginosa intolerancia, y otras de contemporización variable. No se sabe de la existencia de ninguna sociedad en cuyo seno cada ciudadano haya encontrado la oportunidad absoluta de hacer «lo que le diese la gana». Las tentativas más satisfactorias se han inspirado en la humildad y razonable fórmula de «vivir y dejar vivir». Pero nunca se cumple del todo.

A menudo, demasiado a menudo, ocurre que los que «viven» no «dejan vivir» a los otros. Porque el secreto de la cuestión es éste: hay muchas maneras de entender eso que provisionalmente llamaremos «vida», y, exceptuando extremos suicidas —«extremosidades», todas ellas tienen derecho a realizarse sin coacciones ni estorbos. La diversidad de expectativas humanas y —¡claro está!— sociales es un hecho. Se la puede negar, o disimular, o adormecer; pero siempre acaba por imponerse con la estricta insolencia de las realidades irreversibles. Y, en la medida en que se quiere sofocarla, el proyecto ha de suponer el uso y el abuso de presiones éticas y legislativas... Volvamos a los «ortodoxos» de Israel. Si la población de Jeru-

salén compartiese las rectas convicciones de aquella rabinería, montar allí un «sex-shop» o una tocinería sería una pura ruina como negocio. No haría falta solicitar su «prohibición», ni, naturalmente, «prohibirlos». Carecerían de clientela. Los «vetos» no suprimen la demanda. A lo sumo, provocan que la demanda derive hacia formas sinuosas y amargas de clandestinidad, con lo que las tensiones habituales de la «convivencia» adquieren una rigidez rayana en la insidia. O más que eso. Los que «viven» —los que deciden— lo hacen pendientes de la transgresión inevitable y permanente de los otros, y los otros, aquellos a quienes «no se deja vivir», se ven condenados al contrabando y el subterráneo. Sea de tocino, de pornocultura o de lo que fuere.

De todos modos, la manifestación jerosolimitana es un indicio afable. El Israel actual no se ha caracterizado, precisamente, por una gran laxitud en sus planteamientos constitucionales. La Diáspora, al regresar a la tierra de los antepasados, acentuó el factor confesional en las bases del Estado. Tuvo que ser, en consecuencia, una teocracia. Y sigue siéndolo, aunque doña Golda Meir no tenga voz ni voto en la Congregación. Los periódicos han explicado, más de una vez, anécdotas irritantes, relacionadas con hebreos de raza y de consciencia, aunque cristianos de fe, o sin ninguna fe, que chocaron con el imperativo de un monolitismo «nacional» de tipo ideológico, y muy concreto. Ignoro cuánto y cómo han podido evaluar las cosas, allá. Algo ha pasado, sin duda. El «permiso» que las autoridades deben de haber concedido para abrir el «sex-shop», y que tanto ha indignado a los talmudistas, sería una señal. Es posible que, en Tel-Aviv o en algún otro sitio, funcionen un par de carnicerías dispues-

tas a expender chuletas, muslos, hígados, de animales impuros, y además, mal sacrificados. De no ser así, los «ortodoxos» no protestarían. Siempre habrá —y de todos los colores— unos «ortodoxos» que protesten porque el resto aspire a que le «dejen vivir» a su modo.

Y no es que me parezca —personalmente— mal la protesta de los rabinos. Privársela también sería «no dejarles vivir». Que protesten. Lo extraño es que se limiten a protestar. O no tan extraño: mal síntoma. Con la sola protesta, se diría que únicamente desean coaccionar a los poderes públicos de su país para que dicten una «prohibición» más. Más lógico sería que hubiesen llevado pancartas con inscripciones como «¡No comprenden ustedes impresos obscenos!» o «¡Comer butifarra va contra la Ley de Dios!»; de alguna manera, disuadir al censo electoral de que acuda a los establecimientos nefastos. Disuadir, persuadir, es una cosa; prohibir, otra. Ni siquiera tirar una piedra contra los critales del escaparate de aquellas tiendas sería admisible... No se me oculta que eso de «vivir y dejar vivir» es un ideal idílico, y por consiguiente, capaz de vehicular las peores falacias, mientras sea un mero programa abstracto. La «vida» —o la «sociedad»— nunca es tierna y favorable. Pero cuanto más nos alejamos del «vivir y dejar vivir», el horizonte de esperanza y de salud, y de regocijo, que la mente tiene ante sí, más se reduce. Eso, de momento. A la larga, y en el mismo mecanismo, hay otro punto, muy delicado, a tener en cuenta: la inevitable pulsión de los antagonismos fundamentales. Pero eso exigiría un comentario aparte...

Joan FUSTER

INGLES EN LONDRES

Cursos intensivos para principiantes y estudiantes avanzados
Pensión Completa en la escuela — Estancia en familias particulares
Soliciten folletos a:
Hillcrest School of English. — 40-41, Champion Hill, London S. E. 5. G. B.



TELEVISORES

Sin entrada, desde 125 ptas. semana, sin desnivelar su presupuesto mensual. Disfrutelo hoy no lo piense más, obsequio mesa y antena. Llame y lo tendrá hoy tel. 226-76-90

CHRISTMAS

Compraremos a Editoriales existencias Christmas Navidad modelos originales. Pagamos al contado. Enviar ofertas y muestras a Industrias Reunidas. c/. Elcano, 78, bajos. Barcelona - 14

VACACIONES IDEALES PARA SUS HIJOS

COLEGIO SAN LUIS DE PLA Y AMELL

Padres de la Sagrada Familia
BEGAS (a 25 km. de Barcelona y 15 de Castelldefels)
500 m. de altura, pinos, clima seco
Piscina al aire libre, excursiones deporte.
Clases de repaso y preparación de asignaturas

PENSIONADO DE VERANO E INVIERNO

¡ATENCIÓN, CONJUNTOS MUSICALES!

¿DESEAIS GRABAR DISCOS?

Presentaos en Difusión Audio Fonográfica, S. A., c/. Pallars, 74-76, Barcelona, los días 19, 21, 23, 26, 27 y 30 de junio concertando entrevista previa al 300-03-69, o bien dirigíos por escrito a señas reseñadas.